

grafía de la literatura mexicana en el siglo xx, para no salir de nuestro tiempo, era la de José Luis Martínez, publicada en 1949, hace casi veinte años. Este *Diccionario* es, y será, de consulta inevitable. Ciertamente es que hay en él omisiones; muchos lectores echarán de menos a éste o a aquel escritor, otros juzgarán que no se justifica la inclusión de algunos. Estos defectos son inherentes a toda obra de consulta, a toda antología, donde, a pesar de un evidente propósito de objetividad, existen siempre límites subjetivos. La discusión no tendría fin. Y puede discutirse, como apuntamos antes, no sólo el criterio de calidad, sino, lo que es más importante, el criterio de géneros y campos. Sentimos, por ejemplo, la falta de los críticos de arte, de muchos ensayistas; de filósofos; de historiadores; de arqueólogos, de escritores que, aunque especializados, han tratado, indirectamente, temas literarios esenciales. Se

nos ocurre, a vuelapluma, citar, entre otros, a Alfonso Caso, quien, más allá de la ciencia arqueológica, ha escrito *El pueblo del sol*, uno de los ensayos más diáfanos acerca de la antigua mitología náhuatl, tan estrechamente ligada a la poesía; faltan Justino Fernández y Francisco de la Maza, y otros varios donde la frontera entre la estética o la historia y la literatura es indeslindable. Hubiera sido mejor, supuesta la duda, incluirlos. El *Diccionario*, como escriben sus autores, tiene faltas; faltas que serán adecuadamente enmendadas. Lo importante es que, a pesar de las omisiones, hay en este libro noticias bibliográficas sobre 542 escritores que en ninguna otra pueden hallarse tan clara, ordenada y sintéticamente reunidas; y que, en general, los datos son lo más correcto, actual y completo que puede lograrse en obras de este género.

Cabe señalar que el *Diccionario*, impreso en la Imprenta Universitaria, posee una presentación tipográfica impecable, y está ilustrado con láminas que representan a los escritores mexicanos más sobresalientes: Fernández de Lizardi, Altamirano, Gutiérrez Nájera, López Velarde, Alfonso Reyes. Este volumen ha sido editado por la Coordinación de Humanidades a través de la Dirección General de Publicaciones.

—Arturo Souto Alabarce

Racionalidad e irracionalidad en la economía. Siglo XXI Editores, 313 pp. México, 1967.

Con la aparición, seguramente no lejana, de *Lire le Capital*, de Althusser y colaboradores, Siglo XXI completará una trilogía de obras referidas a la economía y que contribuirán con la aportación de renovados estímulos a los estudiosos de esa disciplina, hoy

quizá la más gravitacional para nuestros pueblos, que deben enfrentar tan compleja maraña de problemas ya sea en la consideración de los respectivos conflictos y coyunturas internas como el encauzamiento de éstos ante el desenvolvimiento de la economía en todo el contexto internacional. De las otras obras citadas, una ya es suficientemente conocida: *La revolución teórica de Marx*; y ahora acaba de aparecer *Racionalidad e irracionalidad en la economía*, de Maurice Godelier, profesor de la École des Hautes Études de París y estrecho colaborador de Claude Lévi-Strauss.

Es necesario reconocer que lo que se ha dado en llamar el "equipo de Althusser", imbricado por notorias evidencias con el grupo de trabajo de la corriente estructuralista que encabeza Lévi-Strauss, viene ejerciendo durante la última década una influencia nada desdeñable dentro de lo que significaría la línea de van-

Estados Unidos frente a su crisis

por Iván Restrepo Fernández

El famoso economista sueco Gunnar Myrdal proclamaba en 1963 que el curso del desarrollo económico en los Estados Unidos dejaba mucho que desear y parecía haberse adaptado a una sucesión de recesiones, de auges breves e insuficientes y de periodos de estancamiento entre unas y otras. Si en la era de la posguerra se da algún esquema válido éste es que, después de las recesiones, las recuperaciones tienden a hacerse más vacilantes y dan lugar a una ocupación más incompleta todavía de la mano de obra en relación con el aumento de la producción. Con una cuota media de crecimiento anual durante los últimos lustros por debajo del 3%, los Estados Unidos

se ha rezagado en la aplicación de los nuevos conocimientos que se tienen en el mundo acerca de cómo inducir el progreso económico. Ese lamentable retraso de la estrategia norteamericana —decía Myrdal— produce graves consecuencias no sólo en relación con el bienestar de su propio pueblo, sino también por lo que se refiere a la dirección y eficacia de su política exterior. Tres años después, un grupo de especialistas (Seymour Melman, Wolfgang Friedmann, Stephen Unger, Henry Malcolm y Terence MacCarthy, entre otros), reunidos en la Universidad de Columbia, presentaron y discutieron una serie de ponencias sobre las graves contradicciones en que se viene desenvolviendo la vida política, social y económica de la primera potencia del mundo. Los trabajos —13 en total— han sido reunidos y editados bajo el título de *Los Estados Unidos ante su crisis*.

La superficie continental del país es de casi ocho millones de kilómetros cuadrados con cerca de 180 millones de habitantes. Es rico en recursos minerales y va a la cabeza del mundo en la producción de carbón, hierro, petróleo y plata. Sus yacimientos de oro, mercurio, plomo y cobre son también importantes. La principal región agrícola, que produce aproximadamente el 15% del trigo y más del 35% del maíz que se cosecha en el mun-

do, se encuentra al Norte y al centro del Valle del Mississippi. En el Sur se recolecta el 40% de la producción mundial de algodón y un tercio de la de tabaco, además de importantes cosechas de arroz y frutas. La cría de ganado vacuno y lanar y la avicultura son industrias importantes que permiten realizar exportaciones inmensas. Posee el conjunto industrial más grande del mundo, figurando entre sus más importantes complejos el de la carne y sus derivados, las conservas de frutas y hortalizas, la fabricación de automóviles, tractores y maquinaria pesada, la refinación de petróleo, la producción de hierro y acero, la fabricación de aparatos eléctricos, tejidos y ropa, papel, locomotoras, calzado y armamentos.

En los últimos años, sin embargo, el país que posee en masa el más alto nivel de vida que el mundo haya conocido nunca es sacudido por graves conflictos internos y externos, producto de la abundancia. Algunas cifras bastarán para ilustrar los principales desequilibrios: *7 millones de norteamericanos habitan en viviendas que no cumplen con los mínimos pedimentos de higiene y decoro, para cuyo mejoramiento se haría necesaria una inversión anual de 15 mil millones de dólares, por un periodo de cinco años. Con el objeto de llevar la enseñanza a un nivel aceptable, de asegurar un suministro*

guardia en los estudios sobre economía. Dejando de lado los estudios e interpretaciones de otros marxistas, Althusser y sus colaboradores al analizar, como si recién lo hubieran descubierto a Marx, logran un redescubrimiento de su obra y rescatan, exponiéndolo con un vigor y una vigencia que antes para algunos llegó a ser cuestionable, lo mejor de la metodología científica marxista que surge del Marx posterior a los *Manuscritos* de 1844. En este aspecto también coincide plenamente Godelier, quien sobre la base del método de análisis marxista y la aplicación de la antropología económica, ofrece una obra única en su género, por la extrema profundización de sus concepciones y por la probidad intelectual y el rigor analítico que no está ausente en ningún momento. Todo ello refrendado por una copiosa bibliografía, que por sí sola no da la pauta de la vasta erudición del autor —en tanto se

abordan todas las corrientes clásicas de la economía, las etapas históricas desde la extrema antigüedad, hasta las comunidades primitivas de los continentes que hoy forman el Tercer Mundo, la etnografía, la sicología, la sociología, etc., y de la tarea gigantesca que se propuso con esta investigación.

Una de las preocupaciones mayores de Godelier —lo mismo que se observa en Althusser— es desbrozar el enfoque científico de toda influencia ideológica. Por eso llega a preguntarse: “¿Qué sentido se le da implícitamente a la noción de racionalidad económica? Para desprenderlo, vamos a proceder al contrario recordando qué contenido abarcaba la acusación de ‘irracionalidad’ dirigida contra el Antiguo Régimen: en suma se acusaba a este sistema de ser un obstáculo al progreso técnico y al progreso social. Así, la noción de racionalidad económica se organiza en torno de

dos polos de significado. Por economía ‘racional’ se plantea una economía ‘eficiente’ y una economía ‘justa.’”

Recurriendo a la antropología económica para la confrontación de los distintos sistemas económicos de comunidades primitivas, ya sea entre sí o con la economía de mercado, Godelier demuestra las limitaciones de la economía política. Pretender que ésta sea ya la teoría general de lo económico lleva a perder de vista la dimensión sociológica e histórica de los hechos, a convertir un hecho social en hecho natural, a negar los hechos recogidos en las sociedades primitivas o deformarlos, incluso —sostiene el autor— a equivocarse en cuanto al funcionamiento real de nuestro propio sistema económico y finalmente a olvidar el buen método que supone que un mismo elemento toma un sentido diferente en conjuntos estructurados diferentemente. Añade Godelier que de tal forma se

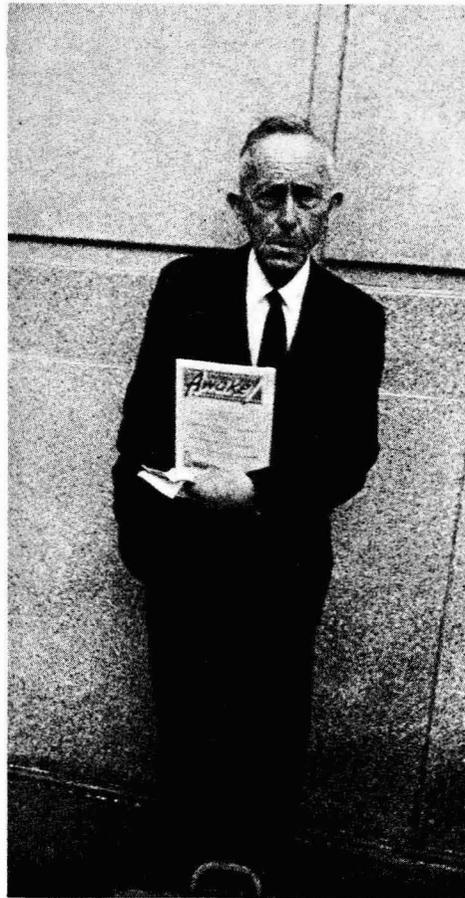
pierden los hechos, se pierde el método y se pierde la conciencia; ¿por qué? Porque se perdió el punto de vista antropológico, el punto de vista comparativo, “porque se sigue la pendiente ‘natural’ de una cultura tomando la propia sociedad como referencia ‘absoluta’. Se toma en una forma no crítica la racionalidad de la economía occidental como la única racionalidad posible, es decir *se justifica* al analizar, lo cual es propio del acto ideológico. ¿Acaso el concepto de racionalidad económica puede escapar a la ideología y tener un contenido científico? ¿Acaso existe una racionalidad ‘económica’?”

Con lo anterior hemos querido reflejar uno de los propósitos esenciales que alientan la obra de Godelier. Mas a estas conclusiones se llega en las últimas páginas de este libro tan valioso como irresumible. Precedentemente Godelier se aboca al estudio de la racionalidad de los siste-

tro adecuado de agua potable, de renovar la red de transporte, conservar los recursos naturales, perfeccionar las obras de energía eléctrica, los Estados Unidos tendrían que invertir unos 76 mil millones de dólares por año.

El desempleo de tiempo total comprende actualmente alrededor del 10% de la mano de obra (un 6% civil, y el 4% restante incorporada en las fuerzas armadas) calculándose en otro 4% los que sólo trabajan una parte del tiempo. *Se estima que para 1970 habrá 13 millones más de personas trabajando o en busca de trabajo, de las que había en 1960.* Si hacemos caso a los indicadores económicos de los Estados Unidos, que definen la pobreza como tener que vivir con un ingreso anual inferior a 4 mil dólares para las familias de varias personas, y a 2 mil para los individuos solos, se tiene que 39 millones de norteamericanos —una quinta parte de la nación— eran pobres en 1965; otros 40 millones no alcanzaban un nivel de vida modestamente confortable. *Y en la pobreza extrema, con ingresos anuales menores a los 2 mil dólares en promedio, se debatían 13 millones de personas.* La pobreza, además, se concentra por zonas y por el color de la piel: es mayor en los estados del Sur; de cada 4 indigentes, sólo uno es blanco.

Dentro de la agricultura, un 11% de



los empresarios controla más del 42% de la tierra y cubre el 63% de las ventas de las granjas, mientras que un millón de pequeñas explotaciones —aproximadamente el 40% de las existentes en el país— sólo cuentan con el 7% de las ventas. La pobreza rural se halla concentrada también en los estados sureños: Virginia, Carolina, Alabama, Mississippi y Arkansas. Según cifras gubernamentales, un 60% de familias de granjeros con bajos ingresos tenían una dieta deficiente en uno o más aspectos de la nutrición.

Para completar el panorama político y económico, y refiriéndonos a las dos fuerzas que a juicio de David Danzing han dominado la política interna de norteamérica: la coalición en favor de los derechos civiles y la revolución de los negros, diremos que hace 30 años los trabajadores no blancos ganaban, en promedio, 62% menos que los blancos; para 1958 esta diferencia se había reducido a un 46%. En 1965, un 22% de los blancos ocupaba empleos industriales de alta especialización, mientras que solamente un 9% de los negros caían dentro de esta clasificación. Más de un tercio de las mujeres negras se hallan empleadas como domésticas. Un 48% de la población negra masculina se ocupa en la producción en masa, mientras que en ella sólo participa un 25% de los blancos. En resumen, en

mas económicos y a determinar si se trata de una ideología o de un problema científico. Luego al abordar la racionalidad de la teoría económica se entra de lleno al análisis de la obra de Marx, que junto con el método antropológico constituye la columna vertebral de su tesis. Si el primero resulta indispensable para un intento de definición de conceptos como *capital, producción, distribución, moneda, valor y precios*, la otra coadyuva en la definición de los *sistemas* a establecer factores como las *reglas y leyes* sociales en las comunidades primitivas.

Todo el análisis sobre Marx asume un notable valor por sí mismo y casi podría significar una obra acabada y aislable dentro del mismo libro, pero que en la totalidad de éste adquiere una proyección ineludible. Godelier no hace sino adelantar más aún la línea althusseriana de revalorar a Marx. Y en este aspecto hay que reconocer la

integridad intelectual de Godelier que, siendo marxista y luego de afirmar —en un comentario sobre Lange y Max Weber— “sólo el socialismo eliminará estos obstáculos y concluirá la racionalización de la práctica social”, al hacer la crítica de los que apelan a “valores éticos” —lo que escapa a la ciencia económica y a la ciencia en general—, no hesita en colocar al “joven Marx”, el de los *Manuscritos* de 1844, en el mismo costal junto a los socialistas utópicos, A. Smith o el socialismo de P. Massé. Por lo mismo, demuestra lo que hasta esa época Marx entendía por comunismo, cuando a firmaba en los célebres *Manuscritos*: “...el comunismo no es, como tal, la meta del desarrollo humano, la forma definitiva de la sociedad humana”.

De ahí que Godelier, que realiza este importante trabajo sobre la base del método marxista, como científico que excluye toda influencia de tipo ideológico, lejos de idola-

trar a Marx señala, además de las observaciones citadas, las limitaciones —voluntarias e involuntarias— de su obra. Godelier encuentra así que el marxismo “proporciona la única base teórica completa para recoger todos los elementos racionales de las investigaciones no marxistas y desarrollarlos, pero para ello el marxismo debe *desarrollarse* a sí mismo, más allá de la línea donde Marx se detuvo voluntariamente en *El capital*, hacia las formas de competencia de los monopolios privados o de Estado, hacia las nuevas formas de administración de la empresa o de intervención del Estado, hacia el mercado mundial, etc.”

Siguiendo a Godelier tenemos que “la cuestión de la racionalidad económica tendría una respuesta si las ciencias del hombre hacen progresar nuestros conocimientos de las correspondencias y de las contradicciones que se desarrollan entre las estructuras de la vida social. Encontra-

mos la posibilidad de analizar científicamente las contradicciones económicas en la obra de Marx. Nos fue necesario sacarla de los equívocos que los mismos Marx y Engels habían creado y de los contrasentidos que los marxistas habían acumulado hasta el punto de volver la noción de contradicción inutilizable para la ciencia”.

Por eso es menester convenir en que la obra de Godelier está encaminada hacia la destrucción de una serie de mitos mantenidos por inspiración ideológica y en detrimento de la ciencia. Ésta resulta vigorizada —y también lo resulta el marxismo— a raíz de las críticas y observaciones que Godelier formula a conocidos economistas tenidos por marxistas. De ahí que este libro debe interesar forzadamente a todos y por encima de la ideología de cada uno, a menos que de antemano se mantenga una posición reñida con la ciencia.

—Elías Condal

el peldaño más alto de la estructura económica había un 6% de negros y un 26% de blancos.

Aunque puedan eliminarse las leyes de discriminación por el color, persistirá la pobreza que es la consecuencia histórica e institucionalizada del color de la piel. La igualdad de oportunidades ha tenido poco efecto sobre las vidas segregadas de la gran mayoría de los negros: el *ghetto* marca los límites de su mundo y “condiciona los actos más íntimos y esenciales de su existencia. Los que viven cerca de su centro vital encuentran que sus vidas no han sido mejoradas en absoluto por las reformas sociales de las dos últimas décadas”.

¿A qué se dedican, entonces, los grandes recursos que poseen los Estados Unidos? Una parte muy importante de su producto nacional bruto se destina al pago de una actividad económicamente parasitaria: la militar, descuidándose en forma alarmante el desarrollo de la producción. Actualmente un 12% del PNB se destina a fines militares; entre una mitad y dos terceras partes de la investigación y la ingeniería está dedicada a dichos fines. Se ha llegado, paso a paso, a lo que Vernon Dibble llama una sociedad de guarnición, “aquella en que no tiene sentido alguno preguntar si los civiles controlan o no a los militares. En

la que las instituciones y los individuos que ejercen poder militar, económico y político han llegado a depender a tal punto unos de otros; en la que sus objetivos e intereses son tan complementarios, y en la que las fronteras tradicionales entre las esferas civil y militar han desaparecido a tal extremo, que la noción misma del control civil frente al control militar carece por completo de sentido”.

El Departamento de Defensa de los Estados Unidos constituye la mayor organización del mundo: tres veces el activo combinado de la United States Steel, American Telephone and Telegraph, Metropolitan Life Insurance, General Motors y Standard Oil Company. Posee más de 15 millones de hectáreas en los Estados Unidos y otro millón y medio en “países amigos”. De un total de 5 millones de empleados federales, las dos terceras partes trabajan para el Departamento de Defensa. (2.5 millones en las fuerzas armadas y un millón como elementos civiles). *El presupuesto militar anual es mayor que el ingreso neto de todas las compañías del país. Los militares cada vez más penetran en la enseñanza, en la investigación y en las becas, en los sindicatos obreros, en las decisiones de los senadores y diputados, en los negocios y la economía.*

El funcionamiento de esta sociedad-guarnición ha traído consecuencias pro-

fundas para la gran potencia, tanto al querer prevenir la revolución social, mantener el capitalismo y el dominio norteamericano en el mundo, como al no poder lograr un desarrollo económico y social dentro del país.

Para evitarse mayores males se requiere, en primer término, de una política que lleve a una expansión económica rápida y sostenida, de la cual surgirá una planeación a largo plazo. Porque, como anota Myrdal, no es racionalmente posible querer simplemente la expansión económica; habrá siempre cuestiones a las que hay que contestar: *expansión de qué y expansión a qué precio*. Y en relación con esta última pregunta, no sólo económicamente, sino en términos de instituciones y de relaciones humanas que habrá que cambiar, en el caso de que éstas no vayan en la dirección deseada y no tomen parte en la expansión que se persigue. Y como complemento, la necesidad de probar y poner en práctica —tanto en lo interno como en lo externo— una nueva clase de moral, esto es, una moral de paz y abundancia que permita a la gente disfrutar realmente de la libertad. Será la única forma de evitar la catástrofe que ya todos consideran como inevitable y próxima.

* Editorial Siglo XXI. México, 1967, 179 p.